
PRIMER SERMON.

El hombre en su creacion y en su caida.

*Faciamus hominem ad imaginem
et similitudinem nostram.*

(Gen. I, 26.)

DE nuevo, Señores, nos llama la Religion á este santo templo: de nuevo la piedad cristiana, desplegando todas sus magnificencias, nos convida á contemplar esa Hostia veneranda. ¿Quién es? Escuchad la palabra de la fe: solo ella, elevándose hasta el seno de la verdad eterna, y recibiendo humilde la ciencia de sus misterios, sabe respondernos. Es el Verbo eterno, que se hizo hombre para ser el hermano, el maestro y el amigo del hombre, y que al volver al cielo, de donde descendiera, halló en su sabiduría el secreto de estar á la vez á la diestra de su Padre siendo la gloria de los bienaventurados, y en la tierra para ser la esperanza, la fortaleza y el sosten de los que caminan á la bienaventuranza. Es Jesucristo, que dijo á los Apóstoles y repite cada momento desde ese altar santo: «Hé aquí que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo (1). Si os fatiga el

(1) Matth. XXVIII, 20.

trabajo y os oprime la tribulacion, venid á mí y yo os aliviare (1). Si temeis extraviaros, venid á mí: yo soy el camino, la verdad y la vida (2). Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de vida eterna (3). Si sois débiles, venid á mí; yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: tomad y comed, este es mi cuerpo (4): el que me come vivirá por mí, vivirá de mi misma vida, vivirá eternamente (5).»

Al eco de esta palabra responde la Iglesia dirigiéndose á nosotros con el Salmista Rey: Venid, adorémosle, y ante él doblemos la rodilla, porque es nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo (6). Vosotros, hermanos míos, respondiendo á esta invitacion, acudís presurosos y llenáis las naves de este templo, humillando vuestra frente ante el trono de Dios, y levantando vuestro corazón hácia el tabernáculo del amor. Vuestra adoracion es el testimonio de vuestra fe, la expresion de vuestra esperanza, y la prueba de vuestra caridad. Pero no basta la adoracion. ¿No oís la voz del Padre que resuena sobre el Tabor de esa nueva transfiguracion? Nos dice lo que á los Apóstoles en el monte: «Este es mi hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle (7). Escuchad su palabra, meditad su doctrina, practicad lo que os enseña.

Yo vengo, amados míos, á hablaros de esa doctrina celestial. Esta es la mision del Orador sagrado, ministro

(1) Matth. XI, 28.

(2) Joann. XIV, 6.

(3) Id. VIII, 12.

(4) Matth. XXVI, 26.

(5) Joann. VI, 51, 58, 59.

(6) Psalm. XCIV, 6.

(7) Matth. XVII, 5.

de Jesucristo. Hubo un tiempo feliz en que al hacerlo el representante de Cristo, constituido en medio de una sociedad sinceramente católica, no encontraba el error y la corrupcion sino en algunos miembros de ella. Ese tiempo pasó, merced á los esfuerzos de una filosofía, aborto á la vez y madre de la impiedad, que ha transmitido su veneno del individuo á la familia, y de esta á la sociedad, y nos hallamos en dias tristes que preludian los que anunciara el mismo Jesucristo. «¿Creeis que viniendo el Hijo del hombre á la tierra, encontrará en ella la fe? (1) El hombre no comprendió su grandeza y su verdadero honor, se ha degradado en sus ideas y en sus deseos, comparándose á los irracionales, y se ha hecho semejante á ellos (2); y mirando Dios al mundo para ver si hay alguno recto en sus ideas y santo en sus acciones, lo encuentra apenas (3), porque hé aquí, dice el Señor, que dos males ha hecho mi pueblo: me ha dejado á mí, que soy la fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas abiertas y disipadas, que no pueden contener las aguas (4). Por ello el orador católico, en el desempeño de su ministerio, se ve en la necesidad de desterrar con luz divina las tinieblas del entendimiento obcecado, de penetrar en los senos del corazón corrompido, y de guiar por fin al hombre y á la sociedad al sacrificio que pide la verdad y exige la virtud.

Mision sublime, Señores, mision consoladora, pero imponente por su misma grandeza y sublimidad. ¿Quién podrá llenarla cumplidamente? Yo vine hace dos años á ensayar mis débiles fuerzas en esta grande obra,

(1) Luc. XVIII, 8.

(2) Psalm. XLVIII, 13.

(3) Id. XIII, 1.

(4) Jerem. II, 13.

y vosotros acogísteis benévolos mis palabras, que hallaron eco en muchos corazones. Bendigo á Dios por ello, y os doy gracias á vosotros. Esto me anima á continuarla, al ser llamado para ocupar otra vez la cátedra santa durante estas solemnes funciones, y me anima no menos la idea, confirmada por aquel resultado, de que hablo á un pueblo en quien el error, si bien ha hecho prosélitos, no ha echado tan hondas raíces como en otras partes, á un pueblo cuya inmensa mayoría conserva pura su fe, viva su piedad. Ahora, como entonces, os hablaré de Jesucristo y de su doctrina influyendo sobre el individuo y sobre la sociedad, para elevar á uno y otra á la grandeza que en sus designios se propuso el Creador. Para proceder con orden, consideremos en este primer discurso al hombre en su creacion y en su caída.

1.

Todo sér inteligente se propone un fin en sus acciones, y cuanto más se desenvuelve la inteligencia en el seno de la verdad y del bien, tanto es más noble el fin que se propone. Dios, pues, inteligencia infinita, infinitamente desenvuelta en el seno de la verdad y del bien, que es él mismo, no puede menos de proponerse un fin infinitamente digno de él. Ese fin no puede ser sino Dios mismo: solo en la Divinidad y en la manifestacion de sus atributos, se encuentra ese término de su accion. Todo lo ha hecho Dios por sí mismo y para sí mismo, exclama el Sábio (1), porque él es el principio y el

(1) Prov. XVI, 4.

fin (1). Todas sus obras son grandes, canta David (2), y en ellas nos ofrece la ostentacion de su Omnipotencia, sacándolas de la nada con el imperio de su palabra (3); el reflejo de su sabiduría, que las ordena en número, peso y medida (4); la idea de su bondad y de su belleza, que en todas brilla; el testimonio de su amorosa providencia, que las conserva; y la magnificencia de su gloria, que cantan los cielos (5), y repiten los mares, y se reproduce en el eco de los abismos (6).

Quando llegó el momento de realizar sus eternos pensamientos, haciendo brotar en el seno de la nada lo que llamamos *la creacion*, habló Dios por su Verbo, que es su palabra substancial, y al punto la creacion con toda su belleza, con toda su magnificencia, se presenta á la vista del Creador. A cada orden de cosas que aparece ante él, exclama el Señor: «esto es bueno (7),» y cuando se ha completado la obra; cuando los mundos con todas sus armonías giran en la inmensidad del espacio; cuando rebosando brillo y grandeza los astros, y las plantas y todos los seres están en presencia del que los ha criado, se aplaude, se felicita á sí mismo, diciendo: Todo, todo es muy bueno: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona* (8).

Pero ¿ha criado Dios todas estas cosas para contemplarlas él solo, y gozarse en ellas en el silencio y en el reposo de su eternidad? No, Señores: Dios no las nece-

(1) Apoc. I, 8.
 (2) Psalm. CX, 2.
 (3) Id. CXLVIII, 6.
 (4) Sap. XI, 21.
 (5) Psalm. XVIII, 1.
 (6) Habac. III, 10.
 (7) Gen. I, 10.
 (8) Id. id., 31.

sita. Eternamente existia sin ellas, y nada faltaba á su gloria y su felicidad: las ha criado, y nada añaden á su grandeza y á su gloria esencial (1). Dios las ha hecho para que recoja sus mudas armonías un sér privilegiado, que forme con ellas un himno de alabanza, y elevándose por las criaturas al conocimiento del Creador (2), le ofrezca un tributo de adoracion, de gratitud y de amor, mereciendo en premio una comunicacion más directa de la gloria y de la felicidad de Dios. Ese sér privilegiado es el hombre, pequeño mundo en el gran mundo de la creacion, lazo misterioso que estrecha las obras de Dios con Dios mismo, nuevo angel y adorador mixto, expectador de la naturaleza visible y contemplador de la invisible, en expresion del Nacianceno (3).

Contemplemos, pues, al hombre, hermanos míos, y fijémonos desde luego en las palabras que preceden á su creacion: *Faciamus hominem* (4). ¡Ah! No es esta la palabra que usa Dios para mandar á la nada, y desenvolver el caos, y hacer que aparezcan en el espacio sus demás obras. Sea la luz, y la luz es hecha: hágase el firmamento, y al eco de su palabra omnipotente se extiende el firmamento como pabellon hermoso sobre la tierra (5); y los cielos, y la tierra, y el inmenso mar aparecen á su vez con todos los seres que los pueblan, y

(1) Non ipse beatus, quia hæc fecit; sed quia etiam factis non egens, in se potius quam in ipsis requievit..... quia non hæc faciendo, sed in his quæ fecit, non egendo, se beatum intimavit. (S. Aug., de Gen. ad litt. lib. 4, cap. 17.)

(2) Sap. XIII, 5. Rom. I, 18.

(3) Hominem velut secundum quemdam et alterum mundum, in parvo magnum, in terra constituit, angelum alium, mixtum adoretorem, visibilis naturæ spectatorem, invisibilis myst., etc. (S. Greg. Naz., Serm. in Nativ. Dom.)

(4) Gen. I, 26.

(5) Id. id., 7.

empieza con ellos el curso de los siglos, de los años, de los meses, los días y las horas. De este modo rápido é imperioso obra Dios en toda la creacion; pero cuando se trata del hombre que ha de ser su rey y su pontífice, lo hace de un modo más solemne y magnífico. *Hagamos al hombre*. Este modo de expresarse, dice el Crisóstomo, insinúa desde luego la grandeza y preeminencia del que va á ser criado (1). *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza* (2). ¿Es posible no reconocer misterios en esta palabra? ¿Por qué no empieza á revelarse el misterio de las divinas Personas hasta el momento que precede á la creacion del hombre? ¿Es que entre todas las criaturas será la única que pueda gloriarse de ser obra de la adorable Trinidad? ¡Ah no! En lo que Dios hace fuera de sí mismo, las tres divinas Personas son inseparables. ¿A qué, pues, esa manifestacion tan explícita de la Trinidad en la creacion del hombre, sino para dar á entender que le ha escogido para reflejar en él su imagen y semejanza, y para que sea como el Señor de todas las criaturas? Hé aquí por qué habla Dios de sí mismo en plural; hé aquí por qué Dios uno y trino entra en consejo consigo mismo; porque cada una de las tres Personas quiere en cierto modo contribuir en algo de lo que le es propio para la ejecucion de tan grande obra (3).

¡Oh hombre! Cuán grande es tu nombre si supieras conocerte, dice Tertuliano (4). ¡Oh hombre! cualquiera que sea el rango que ocupes en la sociedad de tus seme-

(1) Ipsa verborum figura præ se fert honorem, qui nascenti defertur. (S. Joann. Chrys., Serm. 2 in Gen.)

(2) Gen. I, 26.

(3) Bossuet: *Sermon sobre la Trinidad*.

(4) Tu, homo, tantum nomen si intelligas te. (Tertull., *Apolog. adv. Gentes*, c. 48.)

jantes, exclama un orador ilustre, ¿quieres descubrir el original de los rasgos sublimes que todos los días te afanas en borrar con el pecado? Ven un momento; deja la tierra; aunque caiste de tu primitiva grandeza, conservas las alas de la fe; desplégalas, remóntate á las regiones superiores, sube al cielo; más todavía, sí, más allá de los astros, y de los cielos, y de los ángeles, y de los serafines. Sube, sube más aún, y cuando encuentres sobre los cielos de los cielos una naturaleza divina y perfecta, que existe en los siglos de los siglos, que es la bondad, la sabiduría, la justicia, el poder, la santidad, la belleza, el bien inmutable que ha criado todas las cosas; cuando te veas forzado á bajar los ojos ante los resplandores que la circundan; en una palabra, cuando te veas en la presencia del infinito, detente, contéplale si te es posible, y no podrás menos de exclamar: «Este es mi modelo y mi original, á su semejanza fui criado.» Él mismo lo ha dicho: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza (1).

¡Oh Dios! Qué grandeza, diré con el Profeta: oí tu palabra, y temí; consideré tu obra, y quedé pasmado (2). Examinémosla detenidamente. Despues de entrar Dios en consejo consigo mismo, forma del barro un cuerpo perfecto. Del barro, hermanos, para que nunca olvide que toda su grandeza la recibe de Dios, y ante él se humille y le adore con amor. Ese barro, en las manos de Dios, se convierte en la más bella figura de la creacion, en una maravilla, cuya sola descripcion, ha dicho un filósofo, es el más hermoso himno cantado en alabanza de la Divinidad. Pero, á pesar de todo, este maravilloso

(1) Dupanloup, *Sermon sobre la caída del hombre*.

(2) Habac. III, 1.

cuerpo no es todavía más que una bella estatua sin vida; no es aún la imágen de Dios. Para que lo sea, inspira éste en su rostro soplo de vida, y queda hecho ánima viviente (1). Con este soplo recibe la vida espiritual y la vida material, y se realiza entre el cuerpo formado de la tierra, y el alma infundida por Dios esa union y comercio que constituye el primer misterio de la naturaleza.

Tal es, Señores, el hombre, segun la sencilla historia de su creacion, pequeño mundo correspondiente á la vez al mundo de los espíritus y al mundo de los cuerpos, admirable compuesto de uno y otro, compendio misterioso del cielo y de la tierra, anillo de toda la creacion, que por su alma pertenece á la innumerable gerarquía de seres espirituales, que de grado en grado se elevan hácia Dios, y por su cuerpo á esa cadena inmensa de seres corporales, cuyo último anillo se oculta y se pierde en la profundidad del mundo visible, y por ambos caracteres el eslabon intermedio que, enlazando los dos extremos, completa la armonía del universo. ¡Cuántas maravillas! ¿Qué es todo lo demás al lado de este prodigio, que pareciera imposible si Dios no lo hubiese obrado?

Pero ¿en qué consiste ese soplo divino, que vivifica al hombre? ¿Qué es, y qué hace en él esa alma que Dios le infunde? Escuchad á Santo Tomás de Villanueva: Ciertamente es grande, y muy grande, la excelencia del alma racional. Es una sustancia simple, celestial, espiritual, inteligente y libre, semejante al ángel y próxima á él. Si quieres conocer su grandeza, es capaz de Dios: si quieres descubrir su belleza, es imágen de

(1) Gen. II, 7.

Dios (1). Por ello dice Bossuet: Dios no la saca de la materia; la inspira desde lo alto; es un soplo que viene de él mismo; es una nueva creacion, y esto es lo que significa el soplo de vida que Dios infunde en el hombre (2). Ella es la que, dando vida á la materia, hace al hombre capaz de fuerza, de grandeza, de verdad y de virtud. Ella le hace mandar sobre la tierra, y desde el punto imperceptible que ocupa en su superficie, extender á todas partes su imperio; y desde la escarpada cima de las montañas hasta la profundidad del valle, y desde la flor, que vive un dia, y al morir esparce ligero perfume, hasta el sol que mide los siglos y preside en el espacio, todo lo sujeta á su estudio, á su cálculo y á su imperio. Ella, con uno solo de sus pensamientos, llega á las extremidades de la tierra, y sin cansarse pasa más allá todavía, y de un vuelo se remonta á la altura de los cielos, y descende á los abismos, y pone ante sí los siglos que pasaron, y atraviesa los venideros, y se lanza en la eternidad. ¿Admiramos la virtud y el heroismo, la sublimidad del genio y la inspiracion, que osada se adelanta á la conquista de la gloria? En el alma reside: en ella tiene su origen. Su grandeza es un misterio que solo se explica con la palabra de la fe, con la palabra de Dios: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.*

Este es el principio de la verdadera grandeza del hombre y de su felicidad primitiva. Es grande, porque es imágen de Dios; es feliz, porque se parece á Dios.

(1) Magna certe et valde magna dignitas et excellentia animæ rationalis: thesaurus ingens in vase fictili, ut ait Apostolus..... natura simplex, cœlestis, spiritualis, intellectualis, angelo similis et propinqua. Si magnitudo ergo quæritur, Dei capax est: si pulchritudo, Deo similis est. (S. Thom. à Vill., *Serm. in Dom. 2 post Epiphan.*)

(2) Bossuet, *Hist. univ.*, parte 2.^a

Preciso es, pues, conocer á Dios, para formarnos idea de la grandeza del hombre. Dios, ¿qué es? ¿Cuál es su nombre? *Ego sum, qui sum* (1). Soy el que soy, el Sér por esencia, dice el Señor á Moisés. El sér por esencia, Señores, el ser necesario, y como necesario eterno, infinito. Siendo así, tiene y conoce en sí la perfeccion infinita. Es, pues, inteligencia, sabiduría, razon suprema. Conociendo su ser y sus perfecciones, no puede menos de amarse: es, pues, amor, y amor infinito como la sabiduría, infinito como el sér. La idea, pues, de Dios se resuelve en esta otra: vida, inteligencia, amor esencial é infinito. Hé aquí á Dios; solo así le comprende el hombre: separad de la idea de Dios una de estas tres ideas, y la destruí.

Ahora bien: el hombre es criado á imágen y semejanza de Dios. Es verdad que no es infinito, porque entonces no sería una imágen, sería igual á Dios, y Dios no hay más que uno; pero en un orden finito tiene todo lo que en Dios es infinito. Escuchad á San Agustin, que en pocas palabras lo explica al meditar estas verdades. Sí, Dios mio, yo vivo, yo pienso, yo amo: tengo la vida, la inteligencia, el amor. Tres potencias distintas en la única esencia de mi alma (2). Tres potencias que nos hacen imágen de Dios. Semejantes al Padre, hechos á imágen del que es, somos tambien, existimos, tenemos vida: semejantes al Hijo, hechos á imágen del Verbo, tenemos la inteligencia: semejantes al Espíritu Santo,

(1) Exod. III, 14.

(2) Dico autem hæc tria: esse, nosse, velle. Sum enim, et novi, et volo: sum sciens et volens; et scio esse me et velle; et volo esse et scire. In his igitur tribus quam sit inseparabilis vita, et una vita, et una mens, et una essentia, quam denique inseparabilis distinctio, et tamen distinctio. (Confer. lib. 13, cap. 12, de Trinit. lib. IX, 5.)

hechos á imagen de la caridad increada, amamos también; además de la vida y de la inteligencia, tenemos el amor. Dichosa criatura, exclama Bossuet, dichosa en su semejanza con Dios, si se ocupa tan solo de él. Perfecta entonces en su sér, en su inteligencia y en su amor, conoce cuanto es, ama cuanto conoce: su sér y sus operaciones son inseparables, y Dios viene á ser la perfeccion de su sér, el alimento inmortal de su inteligencia, y la vida de su amor (1).

Pasemos adelante, y consideremos el resultado inmediato que produjo en el hombre ese carácter de la divina semejanza, esa luz del divino rostro, comunicada y puesta como un sello en la frente de la criatura predilecta del Eterno (2). Ese resultado es la comunicacion de la felicidad, hija de la vida y de la perfeccion. La felicidad, hermanos míos, es la paz, es el orden, dice San Agustín (3); es la armonía perfecta de las partes en sí mismas y en sus relaciones con el todo. La felicidad infinita está en Dios. En él es esencial, porque es la santidad, el orden, la armonía por esencia. De Dios, con la comunicacion de esa armonía, se trasmitió al primer hombre en su creacion. Constituido por Dios en estado de inocencia, enriquecido con dones especialísimos, unido á Dios, imagen suya, no podia menos de ser feliz. Todo su sér estaba en un equilibrio perfecto: en paz admirable caminaba todo á su fin sin obstáculo, sin resis-

(1) Bossuet, *Elevaciones*.

(2) Psalm. IV, 7.

(3) Pax animæ rationalis ordinata cognitionis, actionisque consensus.... Pax hominis mortalis et Dei, ordinata in fide sub æterna lege obedientiæ.... Pax hominum ordinata concordia.... Pax cœlestis civitatis ordinatissima et concordissima societas fruendi Deo et invicem in Deo. Pax omnium rerum tranquillitas ordinis. Ordo est parium dispariumque sua cuique loca tribuens dispositio. (*S. Aug., de Civit. Dei, lib. 29, c. 13.*)

tencia. ¡Qué orden, qué armonía, que felicidad! ¿Qué otra mayor, Señores, en la tierra y en el orden de la naturaleza, que vivir, pensar y amar? Vivir en la plenitud de la luz, y en el conocimiento de la verdad, es la delicia más pura de las más nobles inteligencias (1). Descansar el corazón en una afeccion pura, es la delicia de la vida y el colmo de la dicha (2). ¡Qué mucho si es la felicidad de los ángeles, si es la del mismo Dios! Esta era la del primer hombre en su primitiva grandeza: vida perfecta, inteligencia sin sombra, amor santo, que descansaba en la posesion pacífica de la verdad conocida y del bien amado.

Sabia que Dios le habia criado para que le conociera, conociéndole le amase, y amándole fuera feliz (3), y á Dios, como su objeto primario, dirigia su inteligencia; en él, como en el único objeto digno, depositaba su amor, y sabiendo que de él lo habia recibido todo, á él lo devolvía con homenaje de adoracion y de gratitud. Colocado entre el tiempo y la eternidad, comunicándose, como dice Santo Tomás (4), con el mundo visible por su cuerpo, y con el invisible por su espíritu, y compilando toda la creacion en sí mismo, se postra ante el Señor de todo lo criado. A su vista, el hermoso cielo publica la

(1) Beata quippe vita et gaudium de veritate. (*S. Aug., Confes. lib. 10, c. 13.*) Hæc est beata vita, pie, perfecte cognoscere à quo inducaris in veritatem, qua veritate perfruaris, per quid connectaris summo modo. (*Id. de vita beata.*)

(2) Ibi est locus quietis imperturbabilis, ubi non deseritur amor, si ipse non deserat. (*Id., Confes. lib. 4, c. 11.*)

(3) Fecit Deus rationalem creaturam, quæ summum bonum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, et possidendo frueretur. (*Id., de diligendo Deo, c. 2.*)

(4) Homo dicitur minor mundus, quia omnes creaturæ mundi quodammodo inveniuntur in eo.... quasi medium quoddam existens inter spirituales et corporales substantias. (*D. Thom., 1. p., q. 91, a. 1.*)